

XXII.

Cambióse derepente en su semblante
 Del altivo desden el rudo ceño,
 Y la burlona sátira insultante
 En estilo mas grato y halagüeño:
 Cada vez era ya mas importante
 Del pobre embajador el noble empeño,
 Y así al prelado ilustre lo anunciaron
 Y con falso placer lo presentaron.

XXIII.

Era el pastor sagrado abastecido
 De grande discrecion, de grande ciencia,
 En los graves negocios detenido,
 Como hombre de saber y de prudencia.
 Era amable ademas, y destituido,
 Su corazon dotado de clemencia,
 Del fiero que acompaña al poderoso,
 Era humano, accesible y generoso.

XXIV.

Arrojóse á sus piés el mensajero,
 Y con el fuego que en su pecho ardia,
 Hijo de inspiracion, habló el primero
 Rompiendo en alabanzas de María.
 Contó despues, ingenuo y verdadero,
 Entre emociones suaves de alegría,
 El caso singular acaecido
 Y el message del cielo recibido.

XXV.

Todo en él claramente figuraba
 Al hombre de verdad: nada ocupado
 De oculta prevencion, manifestaba
 En su decir su corazon honrado;
 Que así sus bellas prendas retrataba
 Como el arroyo manso y sosegado
 Representa en su fondo á maravilla
 El claro cielo y la tranquila orilla.

XXVI.

Pero el mismo tenor de la embajada
 Anunciaba un peligro, y el momento
 De una sorpresa acaso fabricada
 De ilusiones forjadas al intento:
 La razon del buen juicio aconsejada
 Exigia gran calma y miramiento,
 Que aunque no haya señales de impostura
 Nunca obra bien el que obra sin cordura.

XXVII.

Y si en el modo llano y candoroso
 Con que un mensaje tal se referia,
 Aquel prelado sabio y religioso
 Maquinacion ninguna descubria,
 Era el caso por cierto tan pasmoso,
 Tan ageno de un indio parecia,
 Que entre opuestas razones vacilaba
 Y de nuevo el exámen comenzaba.

XXVIII.

Así el sagaz filósofo explorando
 La luz de la verdad que ansioso anhela,
 Se arguye y se responde, contrariando
 Aquello porque tanto se desvela;
 Y aun cuando ya su brillo está palpando,
 Del propio juicio tímido recela,
 Por lo grave y difícil del asunto,
 Y analiza otra vez punto por punto.

XXIX.

Mas era tarde ya, y era forzoso
 Despachar al enviado; y revestido
 De ingenua magestad, no es dijo ocioso
 Que vuelvas al lugar de do has venido;
 Que indagues el suceso cuidadoso
 Y mas que nunca cauto y advertido,
 Que hay pinturas de raras invenciones,
 Pero todas no son sino ficciones.

XXX.

Tú no entiendes sin duda lo bastante,
 Pero haz con diligencia cuanto digo;
 Infórmate mejor, y en adelante
 Podrás tornar á consultar conmigo;
 Que aunque seas el hombre mas amante
 De la verdad, tú solo eres testigo,
 Y asunto como es este tan grandioso
 Es por eso el mas árduo y peligroso.

XXXI.

Así sin ofender tan duramente
 Ni exasperar al pobre mexicano,
 Lo despidió, creyendo consiguiente
 Su regreso mas tarde ó mas temprano;
 Sintiólo Juan, mas le era conveniente
 Despues de un dia de trabajo en vano
 Sin demora partir á su destino
 Y emprendió acelerado su camino.

XXXII.

De no pequeña pena atravesado
 Llevaba el corazon, al ver perdido
 Su tiempo, su trabajo desechado
 Y sin crédito él mismo despedido:
 De su vergüenza solo acompañado,
 A fuer de un hombre vago y distraido,
 De la ciudad salia á largo paso
 Cuando el sol se inclinaba hácia el Ocaso.

XXXIII.

Entretanto del cielo la Señora,
 De espíritus alados cortejada,
 Esperaba benigna en aquella hora
 Del mensagero suyo la llegada:
 Su vista perspicaz y exploradora
 Hasta la mas remota y apartada
 Region del bello Anáhuac estendia
 A do el culto gentil se mantenía.

XXXIV.

O ya en profundas cuevas pavorosas,
 O ya en incultas selvas escondido,
 Do el silbar de las sierpes escamosas
 Y de salvages fieras el aullido
 Tornábanlas mas tristes y espantosas
 Al idólatra ciego, que atraído
 De infanda devocion, se acomodaba
 Con el pálido horror que dominaba.

XXXV.

Desde allí descubria los poblados,
 Y en los bosques cabañas esparcidas,
 Cordilleras inmensas de collados
 Y llanuras desiertas y estendidas;
 Rios y lagos, valles ignorados
 Do yacian en lóbregas guaridas
 Las informes deidades adoradas
 De las gentes ilusas y engañadas.

XXXVI.

A su vista de Anáhuac parecia
 El inmenso circuito reducido
 A un pequeño paisaje, nada habia
 A sus ojos lejano ni escondido;
 Y la Reina inmortal se enternecia
 Al mirar tanto pueblo sometido
 Al duro imperio del que asaz tirano
 Causó la ruina del linage humano.

XXXVII.

Flotaba en donde quiera el estandarte
 De la Cruz, que evangélicos obreros
 Conducian en triunfo, con tal arte
 Que arrastraba tras sí pueblos enteros;
 Mas el ángel protervó por su parte
 Procuraba obstruir los derroteros,
 Y aterrar los sencillos corazones
 Con horribles espectros y visiones.

XXXVIII.

Empero ¡Oh musa! deja tú estas cosas
 A algun illustre varón que las cuente,
 Con las graves empresas religiosas
 Y combates y triunfos juntamente;
 Y cómo allá en las simas cavernosas
 Resonaba la voz omnipotente
 Del sagrado ministro, y á su acento
 Retemblaban en su hondo fundamento.

XXXIX.

Y deshechos los rudos pedestales
 Hasta el fondo rodaban del abismo
 Las inmundas deidades infernales
 Que adoraba insensato el gentilismo;
 Y sonaban lamentos funerales
 Y crujía de espanto el orco mismo,
 Y el horrendo estridor de mil maneras
 Imitaba el estruendo de las fieras.

XLI.

Grandes cosas son estas ciertamente,
 Dignas de prez y de inmortal memoria,
 Aunque no es del valor del combatiente
 Mas del hábil caudillo la victoria:
 Canten pues otros oportunamente
 De tan fuertes varones la alta gloria,
 Que si tambien el cielo los movía,
 Yo solo canto á la sin par María.

XLI.

Nada á esta invicta Reina se ocultaba,
 Y al ver sucesos tales, conmovido
 Su tierno corazón, se recreaba
 Con el glorioso triunfo conseguido;
 Pero aun en sitios varios dominaba
 La vil supersticion, y aun abatido
 El pueblo infiel, de su deidad inmunda
 Sujeto andaba á la fatal coyunda.

XLII.

Y la Madre de Dios una mirada
 De compasión tornando al desdichado,
 Esto dijo ha de ser: será aquí dada
 La gloria á Dios, y el pueblo libertado;
 Aquí será mi templo, y colocada
 En medio de este pueblo infortunado
 Descansará á mi sombra protegido
 De esa crüel que tanto lo ha oprimido.

XLIII.

¿Y quién su enojo impune ha provocado,
 Y á quién no fué su esfuerzo irresistible?
 En ocasiones mil, solo invocado,
 Al ya rendido lo tornó invencible;
 Semejante á un ejército ordenado
 A punto de batalla, y mas temible
 Con el solo terror que ha difundido
 Numerosas escuadras ha vencido.

XLIV.

Y una vez para siempre victoriosa
 La testa holló del que triunfando fiero
 Del hombre, en su derrota lastimosa
 Señor del orbe se llamó altanero:
 Su presencia, de entonces ominosa
 Es al tirano y su escuadron artero,
 Que huyen así cual suele á la alborada
 De las nocturnas aves la bandada.

XLV.

Y hora por mas que pugne el insolente
 Para estorbar el pronto cumplimiento
 De la órden celestial, inútilmente
 Trabajará por alcanzar su intento.
 Roto en do quier su imperio prepotente
 Ya mas no reinará, llega el momento
 Por el Supremo Rey de lo criado
 En su alto consistorio decretado.